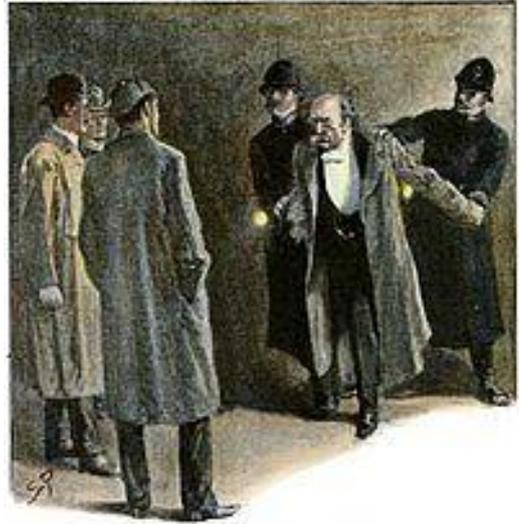


LA CASA DESHABITADA, SIR ARTHUR CONAN DOYLE

El asesinato del ilustre mr. Ronald Adair, ocurrido en circunstancias por demás extraordinarias e inexplicables, traía despierto el interés de todo Londres y sumido en el espanto al mundo aristocrático en la primavera del año 1894. Aun ahora, 10 años después, me estremezco al pensar en ese episodio.



El ilustre mr. Ronald Adair era hijo segundo del conde de Maynooth, gobernador en aquel entonces de una de las colonias de Australia. La madre, su hijo Ronald y su hija Hilda vivían juntos en el 427 de Park Lane. El joven frecuentaba la mejor sociedad, no se le conocían enemigos y tampoco tenía vicios notables.

Era hombre de costumbres tranquilas y de temperamento frío. Pues bien, ese joven aristócrata bonachón halló la muerte del modo más extraño e inesperado entre las 22h y las 23:20 de la noche del 30 de marzo de 1894. Ronald Adair era aficionado a los juegos de **naipes**; jugaba continuamente, pero nunca hacía apuestas que pudieran ponerlo en mala situación. Era miembro de los clubs Baldwin, Cavendish y Bagatelle, en los que se jugaba a las cartas. Se comprobó que el día de su muerte había jugado en este último club una partida durante la tarde. Las declaraciones de sus compañeros de juego pusieron en claro que había jugado al **whist**, y que la suerte había andado equilibrada entre los jugadores. Adair perdió como máximo cinco libras. Esa pérdida no podía afectarle, porque era hombre que poseía una fortuna considerable.

Aquella noche su madre y su hermana habían salido a pasar la velada en casa de unos parientes. La criada declaró haber oído cómo entraba en la habitación delantera del segundo piso, que se usaba generalmente para cuarto de estar. La criada había encendido fuego en esa habitación, pero abrió la ventana porque había humo. No se oyó ruido alguno en el cuarto de estar hasta las 23:20h, hora en que regresaron a casa lady Maynooth y su hija. La madre fue a entrar en la habitación para dar las buenas noches a su hijo pero se encontró la puerta cerrada por dentro, y nadie contestó a sus gritos y

llamadas. Llegó auxilio, y se forzó la puerta. El joven **yacía** en el suelo, cerca de la mesa. Tenía la cabeza horriblemente destrozada por una bala de revólver, pero no se encontró arma de ninguna clase dentro de la habitación. Había sobre la mesa dos billetes de 10 y 17 **libras** y 10 **chelines** en monedas de plata y de oro, dispuestas en montoncitos de distintas cantidades. También se encontró un papel que tenía varias cifras, seguidas de los nombres de algunos amigos del club, conjeturándose que había estado, antes de su muerte, tratando de establecer sus pérdidas o ganancias en el juego.

En primer lugar, no se encontró razón que explicase por qué el joven tenía que cerrar la puerta por dentro. Existía la posibilidad de que la hubiese cerrado el asesino, antes de escaparse por la ventana. Sin embargo, la altura de la habitación era de seis metros sobre el suelo. Ni en las flores ni en la tierra que había debajo de la ventana se advertía señal alguna de que alguien hubiese andado allí, y tampoco se descubrían huellas. Parecía, pues, que quien cerró la puerta fue el joven mismo. Pero ¿cómo ocurrió la muerte? Además, Park Lane es una calle concurrida. Nadie oyó el disparo. Y, sin embargo, allí estaba el muerto, y allí la bala de revólver. Tales eran las circunstancias de que estaba rodeado el misterio de Park Lane, complicándose aún más con la ausencia de un **móvil**, ya que, según he dicho, no se le conocía un solo enemigo al joven Adair, y el dinero seguía en la habitación.

Me paseé durante la tarde por el parque, y a eso de las seis estaba en el extremo de Park Lane, que desembocaba en Oxford Street. El grupo de ociosos que había en las aceras mirando fijamente hacia una determinada ventana, me indicó cuál era la casa que yo venía a ver.

Mi examen de la finca número 427 de Park Lane contribuyó muy poco a aclarar el problema en que yo estaba interesado. Más desconcertado que nunca, volví sobre mis pasos hasta Kensington, y no llevaría en mi despacho más de cinco minutos, cuando entró el sr. Holmes.

—¿Me acompañará usted esta noche? El misterio de Park Lane no sólo despertó mi interés por las circunstancias que lo rodeaban, sino que vino a ofrecerme determinadas oportunidades personales por demás características. Llegué, pues, a Londres, e hice acto de presencia en Baker Street. A las nueve y media tendremos que lanzarnos a la aventura de la casa deshabitada.

A esa hora, como en los buenos tiempos de antaño, me vi sentado junto a Holmes en el interior de un coche Hansom. Llevaba el revólver en el bolsillo, y la emoción de la aventura hacía estremecer mi corazón; Holmes permanecía silencioso, con expresión de fría severidad. Ignoraba yo qué clase de fiera íbamos a cazar en la oscura jungla del Londres del crimen

Yo me había imaginado que nos dirigíamos a Baker Street, pero Holmes detuvo el coche en la esquina de Cavendish Square. Me fijé en que dirigió a derecha e izquierda una mirada muy escrutadora, y que en las esquinas de todas las calles subsiguientes tomaba las máximas precauciones para asegurarse de que nadie nos seguía.

Desembocamos a Manchester Street y luego en Blandford Street y luego abrió Holmes con una llave la puerta posterior de una casa. Entramos en ella los dos, y él cerró la puerta una vez que estuvimos dentro. Reinaba en aquel lugar la más negra oscuridad, a pesar de lo cual comprendí yo con toda evidencia que la casa se hallaba deshabitada. Nuestros pies hacían crujir y rechinar el entarimado desnudo, y mi mano extendida iba apoyándose en una pared de la que el empapelado colgaba a **retazos**.

Los dedos, fríos y delgados, de Holmes se cerraban alrededor de mi muñeca; de ese modo me hizo avanzar por un largo vestíbulo, hasta encontrarnos en una habitación amplia, cuadrada y vacía débilmente iluminada en el centro por las luces de la calle a la que daba la casa.

Mi acompañante me puso la mano en el hombro, y me cuchicheó al oído: —¿Sabe usted dónde estamos?

—Con seguridad que estamos en Baker Street.

—Así es. Nos encontramos en Camden House, que se alza enfrente de nuestras antiguas habitaciones.

—¿Y para qué hemos venido aquí?

—¿Quiere molestarse, mi querido Watson, en acercarse un poco más a la ventana, adoptando toda clase de precauciones para que nadie pueda verlo?

Avancé con cuidado y miré a la ventana tan conocida que se alzaba enfrente. Al posar en ella mis ojos se escapó de mi pecho un **jadeo**, seguido de un grito de asombro. En la

cortinilla transparente que cerraba la ventana se proyectaba la silueta negra y bien marcada de un hombre sentado en un sillón dentro del cuarto. Resultaba una reproducción perfecta de Holmes. Fue tal el asombro que me produjo, que alargué la mano para cerciorarme de que el original se hallaba a mi lado.

Holmes se estremecía con risa silenciosa.

—¿Qué me dice usted? —preguntó.

—¡Santo Dios! Es maravilloso —exclamé yo.

—¿Verdad que se me parece bastante?

—Yo estaría dispuesto a prestar juramento de que es usted mismo.

—Es un busto hecho en cera. Lo demás lo compuse yo mismo esta tarde durante mi visita a Baker Street.

—¿Y con qué objetivo?

—Mi querido Watson, porque tenía las más fuertes razones que pueden tenerse para desear que ciertas personas creyeran que yo me encontraba allí, precisamente cuando estaba en otro lugar.

—¿Sospechó que alguien vigilaba esas habitaciones?

—No sospeché, sino que lo sabía.

—¿Y quién las vigilaba?

—Mis enemigos de antaño, Watson, tenían montada guardia permanente, y esta mañana me vieron llegar.

—¿Cómo lo sabe usted?

—Porque al mirar por la ventana reconocí a su **centinela**. Se trata de un individuo bastante inofensivo, de apellido Parker, estrangulador de profesión. Me preocupó muchísimo el formidable individuo que **opera** a su espalda, el criminal más astuto y peligroso de Londres. Ese hombre es el que esta noche me persigue, Watson, y ese hombre es el que no sospecha ni remotamente que nosotros vamos persiguiéndole a él.

Permanecimos juntos y callados en medio de la oscuridad, viendo cómo cruzaban rápidas las figuras de los transeúntes.

Un instante después tiró de mí, haciéndome retroceder hasta el ángulo de la habitación en que la sombra era más espesa, y me puso la mano en la boca como señal advertidora. Llegó a mis oídos un ruido suave y furtivo, que no procedía de Baker Street, sino de la parte posterior de la casa misma, dentro de la cual estábamos escondidos. Se abrió y se cerró una puerta. Un momento después avanzaron por el pasillo unos pasos, pasos que, quien los daba, pretendía que no se oyesen, pero que resonaban ásperos por la casa deshabitada.

Holmes se agazapó pegado a la pared, y yo le imité, apretando con la mano la culata de mi revólver. Por entre la oscuridad, mis ojos percibieron la confusa silueta de un hombre. Permaneció inmóvil un momento, y luego avanzó despacio, encogido, amenazador, entrando en la habitación. Cruzó casi pegado a nosotros, se acercó a la ventana, y la levantó.

Hecho esto, enderezó el cuerpo, y me di cuenta de que empuñaba en la mano una especie de fusil, con la culata curiosamente deformada.

De pronto su dedo se tensó sobre el gatillo. Se oyó un silbido raro y fuerte, y el tintineo prolongado y metálico de un cristal hecho pedazos. En ese mismo instante se abalanzó Holmes con un salto de tigre sobre la espalda del tirador, y lo tendió en el suelo de cara, cuan largo era. Pero se incorporó instantáneamente y agarró con fuerza convulsiva a Holmes por la garganta; yo le di un golpe en la cabeza con la culata de mi revólver, y el hombre volvió a caer al suelo. Me precipité sobre él y, mientras yo le sujetaba, mi camarada hizo sonar ruidosamente un silbato. Resonaron pasos presurosos en la acera, y dos policías de uniforme, acompañados de un detective que vestía de paisano, entraron precipitadamente por la puerta delantera y penetraron en la habitación.

—¿Es usted, Lestrade? —preguntó Holmes.

—Sí, mr. Holmes. Creo que no le vendrá mal un poco de ayuda no oficial. Cuando ocurren en un año tres asesinatos que quedan en el misterio, la cosa no marcha bien, Lestrade.

Nuestro preso jadeaba, encuadrado entre dos guardias fornidos. Holmes avanzó hasta la ventana, la cerró, y bajó las persianas.

Sin hacer caso de ninguno de nosotros, la mirada del preso se fijó en la cara de Holmes y no dejaba de repetir entre dientes: —¡Un demonio, es usted un demonio astuto, un demonio astuto!

—¡Bueno, coronel! —dijo Holmes, arreglándose el arrugado cuello— este es el coronel Sebastián Moran, que perteneció en tiempos al ejército indio de Su Majestad, y que es el más certero cazador de caza mayor que ha producido hasta ahora nuestro imperio oriental. ¿Verdad, coronel, que no me equivoco al decir que nadie le ha igualado todavía en el número de tigres cazados? Pues esta casa deshabitada es mi árbol, y usted es mi tigre.

—¿Nada se le ocurre a usted, mr. Holmes, antes de que nos marchemos de aquí?

—Le pido que se fije en las balas que en este arma se emplean.

—¿Qué cargo piensa usted presentar contra este hombre?

—¿Cómo que qué cargo? El de matar al ilustre mr. Ronald Adair, disparándole una bala explosiva con un fusil de aire comprimido a través de la ventana abierta de la fachada del piso segundo del número 427 de Park Lane, el día 30 del pasado mes. Esa es la acusación, Lestrade. Y ahora, Watson,—creo que podrá pasar una media hora de distracción útil mientras nos tomamos un té en mi despacho.

—Sabendo lo que yo sabía, ¿no era cierto que el autor del crimen tenía que ser el coronel Moran? Había jugado a las cartas con el mozo, le había seguido hasta su casa desde el club; le había pegado el balazo por la ventana abierta. No cabía duda alguna.

—Pero no ha puesto usted en claro qué móvil llevó al coronel Moran a asesinar al ilustre Ronald Adair.

—¡Ah, mi querido Watson! Creo que no resulta difícil explicar los hechos. Resultó de las pruebas presentadas durante la instrucción del caso, que el coronel Moran y el joven Adair ganaron, jugando de pareja, una suma importante de dinero. Pues bien: Moran jugó sin duda sucio; hace tiempo que yo sé que hace trampas. Yo creo que el día del asesinato, Adair había descubierto que Moran jugaba sucio. Es muy verosímil que le

hablase en privado, amenazándole con publicar la verdad, a menos que se diese voluntariamente de baja en el club y de que le prometiese no volver a jugar a las cartas. Es probable que actuase de la manera que digo. Verse excluido de sus clubs equivalía para Moran a la ruina, porque vivía de lo que ganaba trampeando en el juego. Por eso asesinó a Adair, que en ese instante estaba tratando de calcular el dinero que le correspondía devolver a los perdedores, ya que él no podía aprovecharse de las trampas de su compañero de juego. Cerró la puerta de la habitación para evitar que las damas pudiesen sorprenderle en aquella tarea y se empeñasen en querer saber qué significaban aquellos nombres y aquellas particiones. ¿Puede pasar esa hipótesis?

—Estoy seguro de que ha dado usted con la clave.

FIN

Glosario *La casa deshabitada*, Sir. Arthur Conan Doyle.



Naipes: Juego de cartas.

Whist: El whist es un juego de naipes. Se utiliza una baraja francesa, que consta de 52 naipes y se establecen dos parejas adversarias.

Yacer: Dicho de una persona: Estar echada o tendida.

Libras: Moneda del Reino Unido. Una libra equivale a 1,35€ y su símbolo es £

Chelines: Moneda inglesa que equivalía a la vigésima parte de una libra.

Móvil: Acción o motivación que desencadena un crimen.

Retazos: Pedazo de cualquier cosa.

Jadeo: Respirar anhelosamente por efecto de algún trabajo o ejercicio impetuoso.

Centinela: Soldado que vela guardando el puesto que se le encarga.

Opera: Llevar a cabo acciones de guerra, mover un ejército con arreglo a un plan.

Transeúntes: Que transita o pasa por un lugar.

Convulsiva: Contracción intensa e involuntaria de los músculos.